

EL DILUVIO

Diario político, de avisos, noticias y decretos

EDICION de la TARDE

Redaccion: Escudillers Blancs, 3 bis, bajo. { Administracion: Plaza Real, núm 7, bajo.
Precios de suscripcion: Barcelona, 150 ptas. (plata) al mes. Fuera, 6 id. trim. Extranj. 9 id.

NADAL Único que en dos horas de clase particular evita el ridículo a los que bailan mal y en tres lecciones prácticas enseña cinco bailes. Ciegos de la Boquería, n.º 2, entl.º

Crónica diaria.

Final de la sesión del Ayuntamiento de esta madrugada.

Se pasa á votación la enmienda y, por fin, se aprueba la partida 16.

Otra pidiendo 25,000 pesetas para la Universidad Industrial.

La combate el señor Lluhi porque esa cantidad debía figurar en el presupuesto ordinario.

La defiende el señor Mir y Miró, quien dice que se trata de ayudar y fomentar la única Universidad Industrial catalana que existe. Es una obra que honra á Barcelona por ser la primera de España.

El señor Callén dice que no es contrario de la Universidad Industrial, pero que ya es abusivo de que en todos los apuros siempre haya de pagar el Municipio. Ahora mismo las brigadas municipales están haciendo obras en la Universidad Industrial y no es cosa de que el Municipio tenga que suplir las deficiencias del Estado.

Análogas declaraciones hace el señor Vinaix i y además suplica al señor Ramoneda, firmante de la enmienda, que reduzca la consignación que se pide.

El señor Ramoneda no puede aceptar lo que se le pide porque precisamente él pedía doble cantilad en su enmienda.

El señor Lluhi combate la enmienda del señor Ramoneda porque el Consistorio, que representa la ciudad, no puede aceptar todas las peticiones que en uso de su derecho piden los concejales. La cree injusta y no la puede votar. Mientras estemos amenazados á una derrota financiera es necesario tener serenidad para no precipitarla.

Se pone á votación la enmienda y es aprobada por 15 votos contra 12.

El señor Marial explica su voto y también el señor Nualart.

Consignación para el teatro catalán.

Se lee una enmienda firmada por don Ignacio Iglesias pidiendo un millón quinientas mil pesetas para crear y subvencionar un teatro catalán.

El señor Mir y Miró anuncia, en nombre de la Comisión de Hacienda, que después de discutirla ha sido rechazada.

El señor Iglesias, con gran calor y llevado de una gran pesadumbre, defiende su enmienda. Dice que sólo una vez ha pedido una cosa que ha de ser una gran obra espiritual para Cataluña y se la niegan y esto no lo esperaba ni se lo merece.

El señor Santamaría, con un altruismo nobilísimo, defiende también con calor la enmienda del señor Ignacio Iglesias, pues dice que debe haber teatro catalán.

El señor Lluhi, á pesar de que estima el arte catalán y su teatro, no cree oportuna la hora de gastar un millón y medio para obra teatral. El estado financiero del Municipio de Barcelona no permite gastar aquella cantidad. Además, hay que tener la seguridad de que no habría bastante con el millón y medio que se pide, sino que se llegaría luego á los tres millones, y en una ciudad donde no hay escuelas, ni aguas, ni luz, ni se ha podido municipalizar por falta de recursos un sinfín de servicios que son de suprema necesidad, no es hora oportuna para gastar una cantidad tan importante como la que se pide para el teatro catalán.

Rectifica el señor Santamaría y cree que cuando se presenta un presupuesto de 28 millones no hay motivo de regatear un millón y medio para iniciar la gran obra del teatro catalán.

Iniciar nada más, porque el autor ya espera que muchas entidades de Cataluña colaborarán económicamente en el sostenimiento del teatro que quiere iniciar Ignacio Iglesias.

El señor Vinsixa declara que votará en pro de la enmienda del señor Iglesias (habla en valenciano) y se considerará muy honrado que, siendo concejal, haya podido contribuir á la formación del teatro catalán.

El señor Callén: Teatro municipal.

El señor Vinaixa: Si lo hace el Ayuntamiento de Barcelona se entiende que será teatro catalán. Continúa defendiendo la necesidad de aprobar la enmienda, porque se siente catalán y cree que Cataluña necesita su teatro, que ha de ser el alma de su lengua y de su educación espiritualmente.

El señor Callén sólo encuentra la dificultad de que el teatro catalán subvencionado por el Ayuntamiento sea exclusivista. Opina que para salvar obstáculos ni dudosas interpretaciones llámese al teatro Teatro Municipal ó bien Teatro de Cataluña para que en él pueda darse entrada á la lengua castellana.

El señor Nualart declara que en la ciudad de Barcelona no tiene la creación de un teatro catalán el estado de opinión necesario que justifique la inversión de un millón y medio de pesetas. Cree que es cuestión de oportunidad para que la idea cuaje y no tenga enemigos. Opina que mejor sería consignar una cantidad para premios de estímulo para obras, artistas y autores á fin de preparar la opinión y á los artistas.

Rectifica Ignacio Iglesias; siente no estar de acuerdo con los señores Lluhi y Nualart. Explica las penalidades que sufren los autores catalanes para enaltecer á Cataluña con sus obras. Lamentase de que el Consistorio catalán se niegue á patrocinar el templo del arte catalán.

El señor Carraté se levanta con gran entusiasmo también á defender la enmienda del señor Iglesias y como catalán ruega á sus amigos radicales voten la enmienda, pues se lo agradecerá Barcelona. Continúa el señor Carraté con gran elocuencia demostrando que cuando aragoneses como Santamaría, valencianos como Vinaixa y andaluces como Morales defienden y son entusiastas de la creación del teatro catalán, es indigno que los catalanes combatan la iniciativa del dramaturgo Ignacio Iglesias.

Rectifica el señor Lluhi, abundando en los mismos puntos de vista antes expuestos, y termina diciendo que ahoga sus sentimientos de catalán con los deberes de administrador de los intereses de la ciudad.

El señor Mir y Miró dice que siente también entusiasmo por el teatro catalán, sus obras y sus autores; pero cuando el Ayuntamiento no puede atender á las necesidades más perentorias de la ciudad, como lo de las aguas, no es posible hacer el sacrificio que se pide para el teatro catalán.

Se presenta una enmienda firmada por el señor Callén á la del señor Iglesias que el teatro se denomine Teatro Municipal.

El señor Iglesias dice que si se añade *catalán*, sí.

El señor Callén no acepta el apéndice de *catalán* y retira la enmienda.

Al preguntar si se acepta la enmienda de Iglesias toma la palabra el señor Marial. Le hace observar al señor Iglesias que tenga presente que van á votar en contra sus amigos, y es porque la enmienda no es meditada. Dice que ese millón y medio se convertiría luego en cuatro millones, y esto ya no será posible. Aconseja formar una Comisión para que estudie el asunto y que por de pronto se contente en votar una subvención más modesta para empezar una temporada teatral catalana. Opina que no se debe votar hoy esa enmienda, para que no haya ningún voto en contra de una proposición tan importante.

Esto es una solución que da el señor Marial y es aceptada con alegría por todos los concejales.

El señor Iglesias se levanta para aceptar la proposición de que se nombre una Comisión consistorial que estudie la creación del teatro catalán.

Seguidamente retira la enmienda.

Terminado este debate, continúa la discusión de los presupuestos.

Otros capítulos.

Se aprueban á paso de carga y casi sin discusión varios capítulos.

El capítulo X, que se refiere á obras de nueva construcción, principalmente adouinados, da lugar á la presentación de varias enmiendas, aceptadas en su mayoría. Lo mismo ocurre en la parte referente á cementerios.

Se presenta una proposición para la construcción de casas para obreros, lavaderos públicos y Bolsa del Trabajo.

La defiende el señor Vinaixa, diciendo que la apoyará á pie y á caballo ante la Junta de vocales asociados, reconociendo que estas reformas han de verificarse de una manera paulatina.

Quedan aprobados todos los capítulos.

Sin discusión se aprueba el presupuesto de ingresos.

Se levanta la sesión á las cuatro menos cuarto de la madrugada.

Gacetilla.

En nuestra primera edición de hoy publicamos una gacetilla dando cuenta de habernos visitado el empresario del teatro Circo Barcelonés, quien se lamentó de que le hubiese sido prohibida la exhibición de la película *El aviador y la mujer del periodista*.

Mejor enterados de lo ocurrido, podemos decir que la casa Barrau y Minguella obtuvo de la Nordiks, de Copenhague, la exclusiva de venta y alquiler de dicha cinta, como así se demuestra en los documentos que á este efecto han puesto á disposición del gobernador civil. Así, pues, nallie ha tratado de sorprender la buena fe del señor Portela, sino que, en uso de un legítimo derecho, dimanante de documentos irrefutables, los señores Barrau y Minguella han acudido donde debían.

Es más; los señores mencionados nada reclamaron contra el empresario del Circo Barcelonés, puesto que no es suya.

Hasta la hora presente no ha sido probado que la película en cuestión haya sido remitida por la misma casa Nordiks, y si esto se demuestra quedará evidenciada la poca seriedad de la mencionada casa productora de Films.

El señor Portela, obrando muy acertadamente, ha dispuesto, por varias razones, que no se exhiba la película en cuestión hasta que quede plenamente evidenciada la propiedad de la misma.

Está en su lugar al defender los derechos de todo ciudadano, sea quien sea y pertenezca á la clase que pertenezca.

Creímos de buena fe lo que nos dijo anoche nuestro visitante, pues no estábamos enterados del asunto. Hoy damos estas líneas porque nos gusta dar al César lo que es del César.

El Colegio de maestros titulares privados acordó en su última junta general nombrar una ponencia que estudie la manera más práctica de apartar de la vía pública los muchachos callejeros é interesar del Ayuntamiento que establezca campos de juego; adoptar en los establecimiento de los colegiados iguales textos y programas; establecer el certificado de estudios; celebrar una fiesta anual del Colegio y otra de toda la enseñanza privada seglar; procurar la federación local de todas las Asociaciones particulares de maestros; establecer una cooperativa de consumo de material escolar; recabar una subvención del Municipio ó del Estado, y celebrar las juntas generales ordinarias de cada mes el tercer domingo.

El concejal del Ayuntamiento de Lérida y jefe de los lerrouxistas de aquella provincia, don Manuel Soldevila, al igual que el señor Piferrer, jefe de los lerrouxistas de Gerona, ha resuelto avocindarse en Barcelona.

¿Qué tendrá Barcelona que los lerrouxistas de viso de otras capitales vienen á acercarse aquí? ¿Acaso el rico tufillo de la olla municipal?

Habiendo desaparecido las causas que motivaron su concentración, se ha dispuesto que regresen á sus respectivos puestos las fuerzas de la guardia civil que se hallaban en Tarrasa, Igualada y Villafranca del Panadés, continuando en la primera de las citadas localidades 20 guardias de los puestos de Premiá de Mar, Calella, Arenys de Mar, Caldas de Montbuy, Balsareny, Manresa y Bergá, al mando de un capitán, y en la segunda un oficial y 14 individuos de Masquefa, Martorell, Capellades y San Sadurní de Noya.

De regreso de San Juan de las Abadesas, en cuyo punto han levantado un plano taquímetro para proyectar un salto de agua destinado á fuerza hidráulica, han pasado por Barcelona los alumnos de la Escuela provincial de Agricultura, acompañados del profesor don José Florensa. Se dirigen á Tortosa para proseguir la excursión que tienen en proyecto.

Según noticias, se ha dispuesto que marche á Cádiz, á disposición del comandante general de aquel apostadero, el marinero de la Armada detenido por habersele encontrado una carta de Lerroux, y que ingresó hace algunos días en las prisiones militares de los Docks de esta capital.

Una agraciada joven de 16 años, llamada Paquita Arnau Paradell, que vive en la calle de San Jerónimo, número 28, 1.º, ha denunciado que sus padres, además de hacerla trabajar en los cafés conciertos, la obligan para explotarla á otros actos deshonrosos que ella no está dispuesta á realizar. Los desaprensivos padres han sido denunciados al Juzgado.

De una barraca sin número que hay en la calle de la Fransa, han sido robadas, con fractura de puerta, algunas prendas de ropa, ignorándose quién es el autor del hecho.

También penetraron ladrones en la tienda número 9 de la calle de Pi y se apoderaron de 150 pesetas. Como el anterior, este hecho quedó impune.

Esta noche, en el Spring Cine de Sarriá, se verificará una escogida función de cine y *variétés* á beneficio de las poblaciones de Vendrell y Riera, azotadas por enfermedad infecciosa.

Ayer se reunió la sección de Fomento de la Comisión provincial, despachando los siguientes asuntos:

Informe acerca de la autorización solicitada por la Compañía Barcelonesa de Electricidad para cruzar el ferrocarril de Tarragona á Barcelona en término de Hospitalet.

Prórroga de la autorización otorgada á don Juan Bartres para construir una casa lindante con la carretera de Caldas de Montbuy á San Celoni.

Otra solicitada por el contratista de las obras del camino vecinal de San Ciriaco á San Acisclo de Vallalta.

Autorización al Ayuntamiento de Castellví de Rosanés para colocar un guardarrueda en los pasos de acceso al camino de Martorell á Vilafranca.

Proyecto de conservación del firme del camino vecinal de Barcelona á Prat de Llobregat.

Proyecto de conservación del trozo segundo de la sección primera del camino de Martorell á Vilafranca.

Proyecto del camino de Sardanyola á Montcada por Ripollet, y las autorizaciones solicitadas por varios particulares para construir en terrenos lindantes con carreteras provinciales y caminos vecinales.

Por no estar terminado el informe del arquitecto provincial, se ha aplazado la adjudicación de la adquisición por concurso de material sanitario.

VI.

Una vez por semana recibía á sus amigos la condesa de Alseno. Pero Flora no era admitida en aquellas reuniones, aunque Clemencia había hablado de ello á su madre.

—¡Es absurdo!—había dicho la condesa bruscamente y en alta voz, porque se hallaba presente su marido—; tú tienes ideas necias que no están en armonía con tu edad y condición.

Clemencia bajó la cabeza avergonzada; no quería, además, que se viese que sus ojos estaban empañados por las lágrimas.

—¿De qué se trata?—preguntó el conde acercándose á su hija.

María se dirigió á él con ímpetu.

—No creo que le deis también la razón ahora—dijo—. Pretende, nada menos, que su institutriz asista esta noche á la reunión.

El conde sonrió irónicamente.

—¿Y qué de extraordinario tiene eso?—exclamó—. La señorita Flora no podrá alternar con las amigas de usted, pero vale algo más que ellas.

La condesa palideció.

—¿Y me habla así delante de mi hija?—murmuró con los labios blancos por la cólera—. He aquí por qué Clemencia carece de dignidad; pero yo sabré poner remedio...

El conde frunció las cejas.

—Cálmese, cálmese—dijo con ironía—, no lo tome por lo terrible y, en vez de escandalizarse por lo que yo digo, piense en lo que usted ha hecho.

María se puso livida.

—¡Me retiro—exclamó rechinando los dientes—para no oír sus insolencias, indignas de usted y de mí!

Apenas la condesa abandonó la estancia, Clemencia se arrojó en brazos de su padre, diciendo:

—¡Ah, papá, cuánto siento ser yo la causa de este disgusto!

—No llores, querida mía; tu madre es muy nerviosa y no hay que tomar en serio sus brascas palabras. Si verdaderamente deseas que la señorita Flora salga esta noche contigo al salón, procuraré contentarte.

—No, papá, te lo agradezco, pero no insisto; la cólera de mamá me hace sufrir mucho. Además, Flora es orgullosa, y si se viese acogida con indiferencia ó desprecio... ¡No, no hablemos más!

Así las cosas, la sorpresa del conde fué grande cuando una noche, después de la cena, María dijo á la institutriz:

—Señorita Flora, me gustaría que mañana acompañase á mi hija al salón deseo presentarla á mis amigas para que admiren el talento de usted y sus dotes de profesora de música. ¿Consiente?

El corazón de Flora latía con violencia.

—Estoy siempre á sus órdenes, señora condesa—contestó la joven.

La condesa sonrió con una ternura que acabó de maravillar á su marido.

—No es una orden que le doy, sino un sencillo deseo que expongo—agregó María—. Mañana le enviaré á mi modista para que su tocado sea conveniente; si le falta alguna cosa, dígamelo.

—¡No sé cómo agradecersele, señora!...

La joven experimentaba una especie de embriaguez que hacía correr su sangre por las venas con una rapidez inusitada.

Así, pues, la condesa no la había engañado. Si deseaba presentarla á sus amigas, si quería que mostrara su talento, era para que en día no lejano, cuando se supiese que iba á casarse con Arnaldo, nadie encontrase la cosa extraña, anormal.

¡Ah! era preciso á toda costa embellecerse, tratar de gustar, de fascinar.

La joven dirigió una tímida mirada á Arnaldo; pero éste parecía distraído y ajeno á la conversación.

Lo que sorprendió á Flora fué la insistencia con que el conde miraba á su esposa; había en aquella mirada una cólera sombría y una curiosidad profunda.

Quizás se preguntaba el buen señor á qué obedecía aquel repentino cambio de su esposa respecto de Flora.

Pero la que no temió exteriorizar una alegría loca fué Clemencia.

La muchacha se levantó de su asiento y corrió á abrazar á su madre, exclamando con acento infantil:

—¡Qué buena eres! ¡Qué feliz me haces! He hablado tanto de Flora á Giovanna, que ésta rabia por conocerla.

La condesa no respondió más que besando á su hija.

El siguiente día lo fué de fiebre y de emoción para Flora.

La joven abrió su baúl y sacó un vestido color tórtola, de un corte sencillo y elegante al mismo tiempo, un vestido que le estaba maravillosamente bien y que necesitaba muy pocas reparaciones.

Era un regalo de la marquesa de Repetti, regalo que Flora creyó que nunca le serviría.

La institutriz no necesitó á la modista; ella misma arregló sus ropas y peinó sus hermosos cabellos. Cuando, arreglada, penetró en la estancia de Clemencia para ver si la muchacha estaba ya lista, ésta dejó á la camarera que la vestía para admirar á la institutriz.

—¡Qué bella eres!—exclamó.

Sonriente y algo confusa, la institutriz contestó:

—No digas eso; mirate al espejo y verás la diferencia.

En efecto, también Clemencia, vestida de blanco, con el cabello en tren-

zas sobre la espalda, estaba encantadora: juventud, gracia, elegancia, todo se reunía en ella.

Pero su belleza infantil no podía compararse con la soberbia belleza de Flora.

Pasados aquellos primeros momentos de emoción, la hija de Renata había recobrado su impenetrable frialdad.

Mas en sus ojos profundos, brillantes, en sus labios rosados, se ocultaba un volcán de pasiones tempestuosas; su bella cabeza tenía un aire majestuoso, real.

Cuando Clemencia compareció en el salón del brazo de su institutriz, sólo estaban allí la condesa y su hijo.

María ocultó con una sonrisa el odio que profesaba á aquella joven, á la que, sin embargo, no dejaba de admirar.

Arnaldo no esperaba ver tan hermosa á su víctima y sus ojos por unos segundos no pudieron separarse de ella.

Flora notó aquellas ardientes miradas y se sintió molesta. El joven se le aparecía como aquella noche en que la había violentado brutalmente.

¡Cómo despreciaba á aquel hombre! ¡No, por muy arrepentido que estuviese y aunque reparase su falta, jamás le amaría!

¡Sin embargo, quería ser su esposa, era necesario!

Arnaldo aprovechó un momento en que su hermana se había acercado á su madre y trató de coger una mano de la institutriz.

Ella la retiró vivamente.

—¿No me ha perdonado?—preguntó en voz baja el joven.

—Sí—repuso friamente Flora—; pero no olvido y nada habrá de común entre nosotros hasta el día en que lleve su nombre.

Y, alejándose de Arnaldo, la joven se acercó á la condesa.

Pocos minutos después en la sala estaban reunidas una treintena de personas entre mujeres y hombres.

Flora, que había sido presentada á todos, despertó sorpresa y admiración.

La señora de Musso, una de las amigas más íntimas de la condesa, no pudo menos de decir que era una imprudencia tener en la casa una criatura tan bella habiendo un joven de la edad de Arnaldo.

María sonrió ligeramente y exclamó:

—¡Estoy segura de él!

La condesa invitó á Flora á tocar el piano.

Acababa la joven de sentarse cuando el criado, á la entrada de la sala, anunció:

—El marqués Odoardo de Protti, el marquesito y la marquesita de Protti.

Flora se estremeció de pies á cabeza y se puso tan pálida que Clemencia se asustó.

—¿Se siente mal?—la preguntó en voz baja.

—No, gracias, no tengo nada.

—La dejo porque ha llegado mi amiga Giovanna; ahora la verá.

Flora no contestó, no podía contestar.

Aquel nombre, anunciado tan de improviso, cuando menos lo aguardaba, la había trastornado.

¡Aquel marqués de Protti era el hombre á quien ella buscaba creyéndole aquel padre desconocido!

¿Y por qué no?

En aquella deslumbrante sala, entre aquellas personas que aparentemente imponían respeto y sosiego, se encontraba, no sólo su infame verdugo, sino también el de su madre.

Un temblor convulsivo la agitaba; habría querido volverse, mirar á las personas que habían entrado; pero el temor á cometer una inconveniencia que la condesa la reprobase la contenía.

Sus manos se abandonaban inertes sobre el teclado.

Entretanto, la llegada del marqués y sus hijos había ocupado por unos minutos á los reunidos.

El marqués de Protti era un hombre de unos cincuenta años, de aspecto jovial y bonachón.

Sus hijos, que no se le asemejaban mucho, tenían rasgos dignos del pincel de un artista.

El marqués Mauro estaba dotado de una gracia casi femenina, que se hallaba en armonía con su rostro encantador, que expresaba á un tiempo la más suave dignidad y la más dulce melancolía.

Giovanna era una exquisita criatura nacida para ser adorada. Con tres años menos que su hermano, parecía mayor que él; tanto se había desarrollado y tal seriedad había en su rostro.

En cuanto besó á Clemencia, ésta la dijo:

—¡Ven, ven, que te voy á presentar á mi institutriz!

Y cogiéndola del talle la llevó al lado de Flora.

Esta se hallaba aún bajo la impresión recibida cuando oyó la voz de Clemencia que la decía:

—¿Me permite presentarla á mi mejor amiga?

Flora se volvió rápidamente y sus ojos relampaguearon al encontrarse con los de Giovanna.

Enseguida, friamente, sin ninguna inflexión en la voz, contestó:

—Con mucho gusto.

Giovanna inclinó la cabeza con un gracioso ademán.

Después dijo:

—Clemencia me ha hablado de usted con tanto calor, que yo la admiraba antes de conocerla. También mi hermano deseaba verla.

Se volvió sin afectación y con un ligero signo invitó á Mauro á acercarse.

Se hizo la presentación.

Al mirar al joven, Flora sintió que su corazón latía violentamente y su emoción se hizo aún más dolorosa.

En aquel instante se acercó la condesa de Alsenio.

—¿No toca, señorita?—preguntó.

—Enseguida, señora condesa; dispense.

Las manos de Flora recorrieron nerviosamente el teclado. El silencio en la amplia sala era turbado por las notas vibrantes del piano.

La joven ejecutó una fantasía de Verdi de modo tan admirable, que todos quedaron encantados de su maestría.

Cuando dejó el piano Flora tenía la cabeza pesada y las piernas vacilantes.

En aquel preciso momento se le acercó el marqués de Protti.

—¡Muy bien, muy bien! Mi más cumplida enhorabuena. Toca usted como un ángel—la dijo estrechándole la mano.

Al sentir el contacto de aquella mano Flora tembló y su rostro se descompuso de tal modo que el marqués se apresuró á agregar:

—Debe usted de sentirse mala; apóyese en mi brazo y la conduciré al sofá.

—No, gracias, no es nada—baluceó Flora retrocediendo instintivamente.

Después, acercándose á la marquesa, pidió la institutriz permiso para retirarse.

Su ida se atribuyó á lo poco acostumbrada que se hallaba la joven á estar en sociedad.

Flora, cuando estuvo en su alcoba, se arrojó fatigada sobre un sofá.

Los sucesos de las últimas horas, la aparición del marqués de Protti y de sus hijos despertaron en su alma emociones mixtas de cólera y de temor.

Se irritaba á la idea de que aquel caballero llevase la frente alta y serena cuando quizás tenía en la conciencia un terrible delito; que sus hijos fuesen objeto de admiración y de respeto, mientras ella, que tal vez tenía en las venas la misma sangre, había sido víctima de un inaudito ultraje.

Y su cólera crecía al ver que no podía pensar en Mauro sin sentirse turbada, sin que el corazón le latiera con una especie de locura.

Se levantó angustiada, febril, y abrió la ventana para respirar.

Algunas notas vivas llegaron á ella.

Se tocaba en el salón, se bailaba.

Y todas aquellas personas á quienes ella en su deseo de venganza habría querido pisotear, se encontraban allí tranquilas y felices.

Los puños de la joven se crisparon violentamente.

—Pues bien, por él sabré la verdad—exclamó Flora de repente—. ¡Lo quiero por mí y por mi madre!

VII.

La historia de la familia Protti es muy sencilla. El marqués Antonio de Protti, arruinado por los famosos movimientos del 21, se hubo de refugiar en

el extranjero. Después de una vida de miserias y aventuras, regresó á su patria, se casó con la hija única de un rico industrial y se retiró con ella á un castillo del Piamonte, el cual, con la fortuna de su esposa, había podido recobrar.

En su matrimonio fué feliz. Su mujer, dulce y modesta criatura, que le adoraba, en breve le hizo padre de un hermoso varón. El muchacho, al crecer, mostró el mismo carácter bueno, tranquilo, de su madre y el humor siempre sereno de su padre, lo cual le valía la estima de todos cuantos le trataban.

Pero él no tuvo acierto en la elección de mujer.

La madre de Mauro y de Giovanna había sido una mujer muy ligera y coqueta y su muerte repentina al regreso de un baile donde se había distinguido por su gracia y belleza produjo cierta sensación en la alta sociedad y fué poco sentida.

También debemos confesar, en honor á la verdad, que el marqués pareció verse aliviado de un inmenso peso. Los desórdenes de su mujer no sólo habían abierto brecha en su fortuna, sino que destruyeron la felicidad soñada el día en que la hizo suya.

Si el marqués de Protti había sido infeliz como marido, como padre podía llamarse afortunado.

Mauro y Giovanna habían recibido de su padre la primera educación, vieron siempre á su lado y le idolatraban.

Sin embargo, una ligera sombra velaba de vez en cuando sus juveniles frentes.

Pensaban en su madre, perdida tan pronto; en su madre, que nunca había tenido para ellos besos ni caricias y que se mostraba enojada y nerviosa cuando entraban en su alcoba para abrazarla, burlando la vigilancia del aya.

Los jóvenes no desechaban aquellos recuerdos tristes, que dejaron una dolorosa huella en el alma de Mauro y de Giovanna.

El día siguiente al de la aparición de Flora en el salón de la condesa de Alseno se hallaba Giovanna en la salita de labores, ultimando en secreto el bordado de una cigarrera destinada á su padre, cuando oyó llamar ligeramente á la puerta.

La joven, después de apresurarse á ocultar la labor, dijo:

—Adelante.

Su hermano penetró en la estancia.

—¡Ah! ¿Eres tú?—dijo riendo Giovanna—. Entonces puedo continuar.

—¿No te molesto?—la preguntó el joven, sentándose á su lado.

—De ningún modo. Si tienes que decirme alguna cosa, habla, que te escucho.

Mauro la miró tiernamente y nada dijo:

—¿No tienes nada que relatarme?—agregó la joven al ver que su hermano guardaba silencio.

—No; quería solamente hacerte una pregunta, conocer tu opinión sobre una persona que nos ha sido presentada.

Giovanna sonrió.

—Ya sé de quién quieres hablar—dijo.

Mauro se ruborizó ligeramente.

—Veamos—contestó.

Giovanna, para no embarazarle, bajó los ojos hacia la labor.

—De la señorita Flora, la institutriz de Clemencia—exclamó.

—Es cierto—respondió Mauro en voz baja—. Ahora dime qué piensas de ella.

—Que es bellísima y demuestra tener una elevada inteligencia. Pero tiene un aire algo extraño y misterioso. ¿Y tú qué dices?

La joven había hablado trabajando; pero como su hermano no la respondía enseguida, abandonó la mano sobre la labor para mirarle de nuevo.

—¿Qué tienes?—exclamó alarmada al verle palidísimo.

—Nada; pensaba que he hecho la misma observación que tú. Aquella joven me produjo una sensación indefinida; he leído en sus ojos algo sombrío, doloroso y hasta me atreveré a decir que trágico. Debe haber sufrido mucho en silencio; ¡afortunado el hombre que pueda conquistar su corazón!

La voz de Mauro tenía un acento tan apasionado, tan tierno, que Giovanna se levantó bruscamente de su asiento y miró con fijeza a su hermano.

—Dime la verdad; esa joven te ha turbado un poco el cerebro, si no ha logrado hacer palpitár tu corazón—exclamó inquieta.

—Yo la admiro únicamente.

—De la admiración al amor no media más que un paso—dijo Giovanna—. Me asustas, porque te conozco; tú no eres Arnaldo, en cuyo corazón los caprichos se suceden sin dejar huellas; en tu alma no hay lugar más que para una sola pasión, y si ésta fuese mal colocada serías infeliz toda tu vida.

Mauro no respondió.

La joven continuó:

—Tú no eres ni un necio ni un disoluto; no tratarías a la ligera con una muchacha, cualquiera que fuese, que se hubiera apoderado de tu corazón. Ahora, ¿te parece que debes formarte ilusiones sobre una muchacha con la que no te podrías casar y a la que eres incapaz de seducir?

Mauro se esforzó para sonreír.

—¡Cómo corres, cómo corres!—dijo—. Yo no abrigo ninguna intención sobre esa joven, ni buena ni mala. Únicamente te había pedido tu opinión, para ver si concordaba con la mía. Pero ya no hablemos más de eso. Permíteme que encienda un cigarro.

Giovanna no se dejó engañar por la aparente tranquilidad de su hermano; pero no creyó conveniente insistir más sobre aquel punto.

Al contrario, procuró cambiar de conversación preguntando:

—¿Te gustó el vestido que anoche llevaba Clemencia?

—No me fijé en él.

—¡Picarón! Mi amiga estaba adorable; fué muy admirada, pero ella no deseaba más que un elogio tuyo...

—Como Arnaldo—interrumpió con malicia el joven—iba sólo en busca de tus miradas.

La frente de Giovanna se oscureció.

—No me hables de Arnaldo; ya sabes que le detesto, y, sobre todo, no lo compares con su hermana Clemencia, que es un ángel de pureza y de bondad; el hombre que con ella se case será feliz, mientras que la mujer que tenga la desgracia de gustar á Arnaldo podrá decir que ha atraído la desgracia sobre su cabeza.

—Eres demasiado severa con él.

—Ya sabes tú también la vida que conduce. Por mi parte te juro que todas las lisonjas de la condesa de Alseno para hacerme apreciar á su hijo caen en el vacío.

Y estrechando con fuerza una mano de Mauro, Giovanna agregó:

—Pero, ¡chitón! que oigo los pasos de papá y no quiero que nos sorprendan hablando de cosas que le inquietan.

Cuando el marqués entró, doblemente satisfecho al ver á sus hijos juntos, ya Giovanna había escondido la labor y tenía en la mano un libro.

El buen señor iba á proponer á sus hijos un paseo en carruaje.

Los jóvenes aceptaron con placer.

Media hora después su carruaje recorría el corso San Mauricio, cuando se encontraron con la carroza de la condesa de Alseno.

El marqués de Protti observó con sorpresa que al lado de la condesa y de su hija iba también Flora.

Esta apenas contestó al saludo del aristócrata; pero sus ojos se fijaron intensamente en Mauro.

Giovanna lo notó y estremeciése.

—Esta señorita, sin duda porque es muy bella, tiene un aire algo insolente—dijo el marqués.

Mauro no supo qué responder; el corazón le latía con violencia.

Ninguna mujer le había causado jamás una impresión como la que le producía Flora.

Le había subyugado con aquella misteriosa fascinación que emanaba de su ser; la imagen de ella estaba impresa en su cerebro.

Mauro se sentía molesto por las miradas escrutadoras de su hermana, que, sentada frente á él, le miraba fijamente como si quisiese leer en su alma.

Pero la atención de la joven fué distraída por una exclamación del cochero, quien detuvo bruscamente el carruaje.

Un joven modestamente vestido que cruzaba la calle distraídamente estuvo á punto de ser atropellado por los caballos del coche.

Fué precisa toda la energía del cochero para evitar un accidente.

Pasado el primer momento de emoción, Mauro, que se había fijado en aquel joven, exclamó:

La laguna.

—Cada vez—dijo perezosamente Roger d'Aurieres— que entreabro al despertar las cortinas de mi alcoba, en una mañana de escarcha ó de nieve, no puedo evitar un ligero estremecimiento y un recuerdo fortuito que me hace apreciar mejor la dulzura de mi *home* y saborear el bienestar de que mi fortuna me ha permitido rodearme.

El estremecimiento y el recuerdo se refieren á un suceso de mi infancia... Un suceso antiguo de una treintena de años. Habitábamos entonces, en los confines de la Sologne, una casa bastante cómoda, que las gentes del país denominaban el "castillo", y que no era en realidad sino un conjunto de antiguas construcciones, restauradas y reunidas según los modernos principios de una casa de campo confortable.

Mi padre tenía allí, diseminados en los bosques ó en el borde de los estanques, una docena de cortijos cuyos ganados hubiesen constituido el principal elemento de ganancia si no hubieran sido devastados harto frecuentemente por las epizootias de caquexia acuosa.

Durante una mañana de Febrero, no habíamos encontrado nada mejor, mi hermano y yo, á guisa de diversión, que distribuir, sobre un blanco tapiz de nieve de más de veinte centímetros de espesor, justamente delante de la verja de entrada, miguitas de pan á las gallinas de nuestro corral, cuando un caminante apareció.

Era éste un lañador de loza y porcelana, joven aún, que recorría la región de Nornantín á Blois y de Blois á Lamotte-Benoison. Sin duda, á causa de su país de origen, le habían puesto el apodo de *Can'a'ón*.

Avanzó hacia nosotros y, con aire tímido, bajo sus lamentables harapos.

—¿Hay algo que componer?—preguntó.

—Nada, repliqué yo con la audacia insolente de mis diez años.

Detrás de la verja cerrada nuestros perros ladraban furiosos. Cantalón aventuró:

—Podrías, quizá, preguntar en la casa.

—[Largo de ahí! le grité yo, aquella vez con un tono de los más agresivos.

Dió media vuelta, y ya se alejaba con la cabeza baja y el paso un tanto incierto, cuando un grueso migote de pan, lanzado por mi hermanito, fué á caer rodando á sus pies. Vivamente el pobre hombre se inclinó, le arran-

có, por decirlo así, del pico de la gallina lo devoró con avidez.

Alguien ha dicho que las peores crueldades corresponden á la infancia: nada es más cierto. Bajo apariencias de bondad, el alma de un niño oculta á menudo instintos de perversidad y de ferocidad completamente inverosímiles.

Apenas el caminante había tragado el primer bocado de pan, cuando los perros, que yo había soltado, se lanzaron sobre él. Uno de ellos, un moloso de gran tamaño, le plantó sus colmillos en una pantorrilla y le hubiera ciertamente devorado si yo no le hubiese llamado con urgencia.

—¡Por vida de...!—exclamó Cantalón con gesto crispado por el sufrimiento—. ¿Es lícito hacerse desgarrar una pierna por haber escamoteado un mendrugo de pan á una gallina...?

Después, con los ojos llenos de lágrimas, me dijo con una voz irónica, pero exenta de odio:

—He conocido algunos lobos menos malos que tú, hijo mío.

Alejóse por fin, y ya el incidente se había borrado de nuestras memorias juveniles cuando mi hermano me sugirió una idea:

—¿Y si fuéramos á patinar sobre la laguna, Roger?

Le objeté la prohibición rigurosa de nuestro padre respecto al asunto.

—Patinaremos un momento y regresaremos enseguida, añadió.

Acepté la proposición. En la ladera de una colina coronada de algunos grupos de pinos y de enebros se encontraba la laguna en cuestión. Media escasamente un área de superficie; pero nuestro padre nos había hecho siempre muy presente que era en extremo peligrosa á causa de su profundidad.

A pesar de todo, nos aventuramos sobre su superficie.

El hielo nos parecía sólido, al abrigo de todo resquebrajamiento, y ya nuestra pista de patinaje hallábase esbozada, cuando un crujido se dejó oír bajo nuestros pies.

—¡Escapa!—grité á mi hermano.

Al mismo tiempo desaparecí bajo el agua. Lo que después ocurrió no puedo precisarlo. El autor que quisiera describir las sensaciones de un ahogado se hallaría, sin duda, tan lejos de la verdad como si nos contara las impresiones de un hombre ahorcado de una

tama. Aquellos segundos no se "viven", os lo aseguro. De todo lo que me acuerdo es que una mano segura y rápida me sacó del agua y me depositó en la orilla.

—¡Diablo de chico!—gruñó una voz á mi oído.

Aquella voz era la de Cantalón. En un abrir y cerrar de ojos me quitó mis vestidos, que chorreaban agua, y me cubrió con una especie de hopalanda, muy limpia, que sacó apresuradamente de su zurrón.

—Ahora, ¡corre á tu casa!—me dijo—y des entumece un poco las piernas!...

Evidentemente me era imposible disimular semejante desventura. Estrechado á preguntas, tuve que confesar á mi padre que el hombre que me había salvado la vida no era otro que aquel á quien yo había soltado los

perros momentos antes.

—Has tenido suerte al tropezar con un buen hombre—me dijo—. En su lugar, yo me pregunto si no te hubiera dejado ir al fondo de la laguna... ¡Te lo merecías bien!...

En seguida salió y se lanzó sobre la pista de Cantalón, con la esperanza de alcanzarle y probarle su gratitud de otro modo que con palabras. Pero sus pesquisas fueron inútiles, y regresó ya muy tarde, rendido de cansancio, sin haber logrado hallar á mi salvador.

—Hubiera querido—me dijo—encontrar al buen hombre que te ha sacado del agua para permitirte pedirle humildemente perdón... No he podido hallarle, pero espero, en todo caso, que la lección de humanidad que te ha dado te aprovechará.

JUAN ROCHÓN.

Una reforma.

La huella de los dedos, empleada hasta ahora como medio de identificación personal, será muy pronto modificada por otro sistema más rápido é inequívoco. El inventor del mismo es un catedrático de la Universidad de Padua.

Radica el nuevo procedimiento en la observación de las venas de la mano y su promovedor lo declara desde luego más seguro, fácil y expeditivo que el minucioso examen de la huella digital.

Según el innovador, nada hay más concreto que la disposición de las venas en la palma de la mano. Algunos fisiólogos sostuvieron que esa disposición podía ser hereditaria; pero tal doctrina la refutaron trabajos posteriores, reconociendo solamente las analogías familiares en 22 casos sobre 72, y, de todos modos, aquéllas dejaban bastante que

desear. Quien lo haya observado, habrá podido advertir que la red venosa varía, si no en las dos manos, en cada una, y suponiendo que pueda encontrarse cierta analogía entre dos manos derechas, corriendo el riesgo de equivocarse, es punto menos que inverosímil que la misma analogía se descubra en las manos izquierdas de los individuos confrontados.

Elimina, por consiguiente, el nuevo sistema todo peligro de error. La ventaja del nuevo método consiste, además, en su sencillez; precisa, por ejemplo, alguna experiencia del observador para leer en las sutiles líneas del dedo, en tanto que el más profano, ayudado por un fotógrafo, puede reconocer la red que forman las venas de la mano.

¿Cuál es la primera letra que pronuncian los niños?

La letra A es la que con menos esfuerzo se pronuncia, hasta tal punto que ha habido quien sostiene que se puede modular su sonido sin tener lengua, dientes ni labios.

La letra A es, pues, la primera emisión natural de la voz humana, la que lanza el niño antes que ninguna otra, la que sale de los labios del hombre para expresar las manifestaciones emotivas más distintas.

Voltaire decía que era una letra sagrada por ser la primera.

Covarrubias afirmaba que los niños pronunciaban antes que otra alguna la letra A por ser la inicial de Adán y que por eso las niñas pronuncian primeramente la E con la que principia el nombre de Eva.

Como puede observarse, la razón, no por ser ingeniosa, es menos falsa.

Lo que desde luego puede afirmarse es que es la letra que entra más frecuentemente en la composición de las palabras.

Servicio telegráfico y telefónico

de nuestros corresponsales.

Madrid, provincias y extranjero.

Reconocimiento de la República portuguesa

Madrid, 12 Septiembre (2¹⁰ madrugada).

Lisboa.—El encargado de Negocios de Austria recibió anoche instrucciones referentes al reconocimiento de la República portuguesa, celebrándose después una reunión en la Legación española a la que concurrieron representantes de Inglaterra, Austria, Alemania, Italia y España, quienes ultimaron los detalles para el acto de reconocimiento del nuevo régimen.

El marqués de Villalobar y los representantes citados se trasladaron por la tarde a la Presidencia del Consejo. Les recibió el jefe del Gobierno, a quien entregaron la nota de reconocimiento de sus respectivos países. El presidente tuvo frases amables para todos, especialmente para el representante español, rogándole transmitiese a Madrid, en nombre del Gobierno portugués y en el suyo propio, el más profundo agradecimiento y el testimonio de mayor aprecio. Agregó que confiaba se estrecharán las buenas relaciones entre ambos países.

El marqués de Villalobar ofreció transmitir estas manifestaciones, asegurándole que serían estimadas en su justo valor y abrigando siempre por nuestra parte los más cordiales deseos hacia la vecina República. El orden de presentación de las notas fué el siguiente: Inglaterra, España, Alemania, Austria é Italia.

Bernardino Machado visitó esta noche al marqués de Villalobar, rogándole transmitiese con su homenaje al rey de España el profundo agradecimiento del Gobierno provisional hacia los señores Canalejas, Prieto y demás ministros por las deferencias y consideraciones que le otorgaron. Hizo extensivo su agradecimiento al marqués de Villalobar.

EXTRANJERO

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS.

Prisioneros rescatados.--¿Habrá oposición?

Paris, 12.

Tánger.—Veinticuatro prisioneros de la tribu de Haoura han sido rescatados después de veinticuatro años de cautiverio.

Paris, 12 (1²⁰).

La *Gaceta de Colonia* anuncia que la respuesta de Francia podrá llegar al fin de esta semana a Berlín y que no es inverosímil que Alemania haga oposición; esto a pesar de los deseos que hay entre las partes litigantes de llegar a una solución satisfactoria.

Un subvención.—Ayuntamientos perseguidos.—La Lofería.

Madrid, 11 Septiembre.

Se ha concedido una subvención de 700 pesetas al Ayuntamiento de Falset para la adquisición de material pedagógico.

La *Epoca* protesta de la persecución que sufren los Ayuntamientos conservadores. Ultimamente dice que se pretende procesar a toda costa a los Ayuntamientos de Matanza, Victoria y Santa Ursula, pertenecientes a Tenerife.

Siete décimos del premio gordo del sorteo de hoy estaban abonados. Dicese que llevaban décimos varios criados de la infanta Isabel.

El tercer premio ha correspondido íntegro a un corredor de comercio llamado Francisco Moya.

¡Duro con ellos!—Robos a la orden del día.—Terrible tormenta.—Riña.

Un teniente de alcalde ha denunciado a doscientos industriales que tenían pesas falsas. Han sido procesados por estafa.

Córdoba.—Cerca de Fuente Ovejuna continúan menudeando los robos. Esta situación causa verdadera indignación en aquellos pueblos.

Murcia.—A las once de la mañana descargó una imponente tormenta. En Lorca sintiéronse los efectos más graves. Una chispa causó un muerto y varios heridos. La tormenta ha causado grandes destrozos.

Huesca.—Por una deuda insignificante riñeron en las inmediaciones de la ciudad Antonio Bueno, de 54 años, y Antonio Lon, de 53. Aquél resultó muerto de una cuchillada en el vientre.

Un ladrón rebelde.—El capitán Ramajos.—Cooperativa.

Madrid, 11 Septiembre.

En Sabiñánigo un sujeto que había cometido un robo se resistió á la guardia civil, á la que acometió á cuchilladas. Los civiles tuvieron que disparar para dominarle.

Zamora.—La muerte del capitán de Administración militar señor Ramajos ha producido general sentimiento, pues tenía aquí numerosos conocimientos. Tiene dos hermanos oficiales de infantería en guarnición en África.

Sevilla.—Los dependientes de Bancos y escritorios han celebrado una reunión, acordando constituir una cooperativa mercantil.

Noticias marítimas.

Cádiz.—Comunica por radiograma el capitán del vapor Buenos Aires que el sábado, á las veinte, se encontraba á 375 millas Sur el *Terranova* sin novedad.

El capitán del vapor *León XIII* comunica también por radiograma que el domingo se encontraba á 265 millas Norte de esta el *Fernando Norano*, del Brasil, sin novedad.

ULTIMOS PARTES.

La «Gaceta».

Madrid, 12 Septiembre (10 mañana).

La *Gaceta* publica:

Real orden nombrando vocales de la Junta para la venta de azogue de las minas de Almadén á los señores que ya anticipamos.

Aprobando el reglamento de gobierno interior del teatro Real.

Nombrando varios tribunales de oposiciones, entre ellos el de la cátedra de Arqueología Numismática y Epigrafía, vacante en la Universidad de Barcelona.

Varias rectificaciones de nombramientos de vocales de tribunales.

Disponiendo que se haga público la satisfacción con que se ha visto la obra de los maestros de San Juan Despi.

Anunciando la existencia del cólera en varios puntos.

¡Por fin!—Una protesta.—Rumor.—Nota oficiosa.

San Sebastián.—El ministro de Estado, antes de marchar, dijo que había sido reconocida la República portuguesa por Inglaterra, España, Italia y Austria-Hungría.

La Comisión administrativa de la Casa del Pueblo de Madrid ha acordado protestar ante el ministro de la Gobernación de los atropellos de que supone son objeto los obreros huelguistas de Bilbao.

También acordó adherirse á los mítines que contra la guerra debían haberse celebrado y que con motivo de la huelga prohibió el gobernador de Vizcaya.

Esta madrugada se decía que la directiva de la Unión General de Trabajadores Españoles había acordado anticipar la reunión que había acordado y al efecto había teleografiado á Pablo Iglesias.

Bilbao.—La Junta municipal republicana ha publicado una nota oficiosa explicando por qué no ha tenido eficacia su intervención en la solución de la huelga.

Bolsin mañana.

Interior, 85'90 papel; Nortes, 91'30 dinero; Alicantes, 91'40 papel.

Imprenta de EL PRINCIPADO, Recuadillo Blanca, 3 bis, bajo.